

análisis entre las lecturas más notables que del *Cántico espiritual* nos haya dado la crítica.

ALICIA DE COLOMBÍ

Bennington College, Vermont.

MANUEL DURÁN, *Luis de León*. Twayne, New York, 1971; 182 pp. (TWS, 136).

La obra de Manuel Durán, como lo requiere la colección a que pertenece, sigue un plan fijo por lo predeterminado: consideración de los tiempos y circunstancias del autor a tratar, resumen de su vida y finalmente de la obra en verso y prosa. Toda la colección se dirige a lectores no necesariamente especializados —en particular a estudiantes no graduados— y su mismo alcance exige una síntesis muy ceñida. Durán cumple con todos los requisitos y lo hace con amenidad y sencillez nunca superficial (lo cual no suele ser el caso en muchos de los volúmenes de esta serie). Tomando en cuenta el público al que se dirige, es particularmente apropiado y útil el capítulo 3, "Luis de León and the classical tradition", que sirve de prefacio a la subsiguiente presentación de la obra. En cambio, no parece necesario que esta consideración al público estudiantil se extienda, rompiendo la natural elegancia de su pensamiento, a especulaciones como la que puede encontrarse al final de la página 104 en referencia a un pasaje de *La perfecta casada*. Pero los pocos ejemplos de tal tenor no enturbian más que marginalmente el libro de Durán, a mi juicio el mejor que se ha escrito en inglés sobre fray Luis desde la obra de Aubrey Bell en 1925.

El estudio de la poesía del agustino es adecuado, si bien algún poema tan admirable como "Noche serena" no recibe el atento análisis que deseáramos, menos de una página, mientras en "Vida retirada" se extiende por más de siete. Mi único reparo a su entendimiento de fray Luis se encuentra en la sección "Luis de León as mystic", puesto que en verdad el término místico —justamente por lo mal usado y hasta abusado en nuestros días— debe aplicarse en sentido estricto; y en sentido estricto, como el mismo Durán reconoce, fray Luis no es un místico. Indudablemente tiene nuestro poeta "a movement towards transcendence" que de negarse haría incomprensible lo más sustancial de su verso. Alguna rara estrofa acaso sea extática, pero el meollo mismo de su espiritualidad parece residir en esa nostalgia de cielo desde este exilio en la tierra. Ciertamente es que el poder ascensional de su poesía no resulta por neoplatónico e intelectual menos cristiano y menos auténticamente religioso. Pero para la experiencia mística no basta ni contemplación neoplatónica, ni desgarrón amante, ni encendida nostalgia.

El estudio de la prosa de fray Luis resulta particularmente afortunado, pudiéndose encontrar en el capítulo 8, "The Book of Job explained", material rico en gérmenes y luminosas intuiciones para un

trabajo monográfico sobre una de las obras más intensas de fray Luis. En suma, es éste un libro valioso en muchos respectos, en ninguno frívolo, a menudo inspirado y en todos útil.

ALICIA DE COLOMBÍ

Bennington College, Vermont.

ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*. Édition critique avec introduction et notes par Charles Amiel. Ediciones Hispanoamericanas, Paris, 1977; lix + 383 pp.

De este texto difícil no ha habido ninguna edición fidedigna desde el siglo xvii. Ahora Charles Amiel lo ofrece exento de las "purificaciones" dieciochescas, como primera muestra de una edición de todas las obras más significativas de Enríquez Gómez, para acompañar un estudio de la "disimulación marrana" que ellas ejemplifican. En la introducción hay un breve esbozo de la carrera del autor y de su vida, típica de la clase de mercaderes marranos, que transcurrió entre España y Francia amenazada continuamente por los *malsines*. En la misma introducción hay datos sobre su vida literaria en Sevilla (1649-1663), en donde escribió con el seudónimo de Fernando de Zárate; se cuenta, además, cómo en 1660 padeció en efígie la hoguera, y cómo murió en la cárcel a consecuencia de las atenciones que los *malsines* le procuraron.

El texto que edita Amiel corresponde a la edición príncipe de Rouen (1644), con su ortografía especial, la cual moderniza el editor siempre de acuerdo con las otras obras de Enríquez Gómez (y de Zárate) para corroborar las peculiaridades. El editor deja abierta la cuestión del escudo heráldico enigmático que aparece en la portada de la edición de 1682.

*El siglo pitagórico* tiene las características misceláneas de la sátira menipea. Con el pretexto de un sueño, Enríquez Gómez imagina una serie de metempsicosis, y deja que una sola alma habite los cuerpos de varios tipos sociales que se prestan a la sátira, hasta que llega a habitar en el de un virtuoso. Cada transmigración del alma se concreta en un diálogo entre ella y el dueño, cuyo destino comparte. El alma procura dar una lección de moral positiva; su dueño responde con tono cínico e inhumano. El resultado es el castigo, la muerte que libera tantas veces al alma para que pueda transmigrar; todo ello se resume en un epitafio. Los tipos satirizados son los de siempre: el médico, el avaro, el hipócrita, la dama, el ladrón, el malsín, el valido, el arbitrista, el soberbio y el hidalgo, y otros personajes menores. También, como siempre, el satirista tiene dificultad en no caer en un tono meramente lúdico e insincero. Hay cierto contraste entre la severa *moralidad* predicada por el alma migratoria y la *sátira* juguetona de la voz narrativa.

Sólo la Transmigración VI, entre las de la serie pitagórica, tiene lo que se podría llamar trama, y esto nos acerca a la cuestión de la inter-